

## **AGENDA CIUDADANA**

### **EL GRAN PROBLEMA NACIONAL**

Lorenzo Meyer

**La Idea Rectora.**- Una nación es ante todo una idea compartida, un proyecto de futuro colectivo, una visión común de lo que fuimos y somos en función de lo que podremos llegar a ser. Se trata, por tanto, de una idea moral. Hoy, el gran problema nacional es que hemos perdido nuestra idea rectora, la que nos permite contestar, como país y con seguridad, quienes somos, que queremos ser y para qué.

El vacío político que hoy es evidente, es resultado de ese vacío en la moral cívica. En estos años, los mexicanos como individuos y como colectividad, hemos perdido muchas cosas, pero ninguna tan importante como la confianza en nosotros mismos, en nuestro futuro. Este tiempo nuestro, por su desmoralización, confusión y dificultad, es también el tiempo de las grandes preguntas y respuestas, el tiempo de volver a determinar las prioridades. En la raíz del arcoiris de fracasos colectivos que hoy son el distintivo de la vida pública mexicana --fracasos económicos, políticos, sociales, culturales-- está la necesidad de volver a definir cual es la razón de ser de México en tanto comunidad histórica. La ausencia de un proyecto nacional digno de tal nombre, uno que sea capaz de hacer resurgir el consenso, el orgullo colectivo, la seguridad en nosotros mismos, la confianza en el futuro.

**Los Proyectos Anteriores.**- Volviendo la mirada a los momentos definitorios de nuestro proceso histórico, vemos que no ha faltado el líder o el grupo que haya definido y propuesto al

resto de la nación el propósito fundamental, el objetivo digno de un gran esfuerzo colectivo en nombre del cual la idea de México adquiriera un sentido trascendente.

El primer gran proyecto de futuro que se ofreció a los mexicanos fue el insurgente, en particular el que presentó José María Morelos el 14 de septiembre de 1813 resumido en 23 puntos conocidos como los *Sentimientos de la Nación*. La meta era, ni más ni menos, que hacer a la América libre e independiente, reconocer en el pueblo la fuente de la soberanía, y que la nueva legalidad debería tener como objetivo fundamental moderar la opulencia y la indigencia y lograr que la única distinción válida entre los ciudadanos fuera la que distingue entre el vicio y la virtud.

Ese proyecto, generoso y totalmente revolucionario en una sociedad que había sido forjada por un colonialismo que había hecho de las diferencias entre los súbditos del rey de España su razón de ser, no se cumplió nunca. En medio del fuego y humo de la guerra, una generación posterior volvió a replantear el objetivo central de una nación que aún no lo era plenamente. En efecto, los liberales se propusieron hacer de México una "república representativa, popular" (Plan de Ayutla), modernizarlo acabando con los privilegios corporativos, y sustituir al súbdito con algo nuevo: el ciudadano. Desgraciadamente, la Constitución de 1857 quedó como una utopía en tanto que la realidad desembocó en una dictadura oligarquica.

Al despuntar nuestro siglo, Francisco I. Madero encabezó un llamado para regenerar a México retornándolo a la búsqueda del proyecto democrático: un México que dejara de ser el país de los

excluidos perpetuos para ensancharlo hasta llegar a abarcar a todos sus habitantes. Al concluir la Revolución Mexicana -- después de una lucha brutal donde la generosidad y el altruismo se mezclaron con la destrucción, el robo y el oportunismo-- surgió una constitución que se propuso conjugar el proyecto de Morelos --libertad y justicia social-- con el de los liberales del XIX y el de Madero --democracia política y respeto por la ley-- además de reafirmar el nacionalismo frente a las potencias imperiales. A fin de cuentas, tan loable conjunto de propósitos tampoco llegó a ser realidad.

La democracia política fue la primera de las promesas que el nuevo régimen abandonó; la creación en 1929 de un partido de Estado clausuró toda posibilidad de hacer de las elecciones la fuente primaria de la legitimidad. Al concluir el gobierno del general Lázaro Cárdenas, también concluyó el propósito de hacer de México una sociedad que superara su pasado colonial por la vía de la justicia social. Sin democracia política y sin cambio social que incorporara a los marginados al proyecto nacional, el respeto a la ley resultó imposible. Sin embargo, no se puede negar que por un buen tiempo el nuevo autoritarismo mexicano contó con el apoyo, o al menos la aceptación, de una buena parte de la sociedad mexicana. Esa legitimidad del régimen postrevolucionario provino no del cumplimiento de las promesas originales, sino de su capacidad para sostener un ritmo de crecimiento económico que permitiera la satisfacción parcial de demandas encontradas: las de los empresarios y las de los obreros, las de los propietarios agrícolas y las de los

ejidatarios y los jornaleros, las de clases medias y las de los grupos marginales urbanos.

**El Proyecto de los Tecnócratas.**- A partir de 1982, el modelo basado en un mercado protegido y en un Estado económicamente activo y en expansión, dejó de funcionar y el régimen simplemente dejó de pretender ser todo para todos. En medio de la crisis económica y política que siguió, desde la presidencia, un puñado de ambiciosos tecnócratas ofreció un nuevo proyecto a la nación. Se trataba de reencausar a México por el camino del crecimiento económico a condición de: I) echar por la borda un nacionalismo que resultaba ser un obstáculo en un mercado globalizado, y II) mantener el aparato político autoritario, pues sólo así se podría llevar adelante con rapidez y buen éxito algo que se declaró necesario: una brutal operación de la economía mexicana a corazón abierto. Esa operación tendría que afectar o destruir a muchos de los intereses creados, y se supuso que sólo una presidencia férrea podría controlar el descontento de la micro y pequeña industria, de los productores no exportadores, de la burocracia de las empresas estatales, de los inconformes por la conclusión del reparto agrario, de sindicatos acostumbrados a recibir según su importancia política y no su productividad económica, de los elementos populistas dentro del partido de Estado, de los grupos indígenas y de todo el gran mundo marginal que simplemente no tendría la menor oportunidad de sobrevivir en un mercado global, competitivo y de alta capitalización y tecnología.

Mientras la revolución neoliberal mexicana tuvo éxito, es decir, mientras hubo un modesto crecimiento del PIB, los grandes

actores institucionales dieron su apoyo a esta modernización autoritaria. En efecto, le apoyaron la gran empresa, los medios masivos de comunicación, la Iglesia, las organizaciones de la gran empresa, la oposición de derecha, parte de la comunidad académica e intelectual y, desde luego, Estados Unidos y el resto de la comunidad internacional. Pero eso no fue todo; según las encuestas, y pese a tener claro el carácter antidemocrático del proyecto, una buena parte de los mexicanos aceptó la nueva utopía: el acceso al primer mundo por la vía de la modernización autoritaria.

**El Vacío.**- Cuando el edificio neoliberal recién estrenado se vino abajo y sus ruinas dejaron ver la enorme irresponsabilidad y corrupción que se ocultaba en su interior, se produjo en México un vacío político y, sobre todo, moral, sin precedente desde las épocas caóticas del siglo pasado. Hoy, como país, estamos a la deriva; las inercias están al mando. Incomprensiblemente, el actual discurso oficial es una mera repetición del que acaba de fracasar; ya no convence pues la realidad cotidiana lo contradice. Esta realidad es un PIB que cae dramáticamente no obstante que el supuesto motor de la actividad económica --la exportación-- acelera su marcha, es un desempleo creciente, es una mayor injusticia en la distribución del ingreso, es la marginación, es la confirmación de la corrupción y el tráfico de influencias en gran escala, es un aumento notable de la delincuencia como producto de la desintegración social, es, en fin, el fracaso de toda una clase dirigente.

En estas condiciones tan dramáticas no hay otra alternativa que recuperar los proyectos originales, esos que no se cumplieron nunca, y ponerlos en marcha. Ese es el camino para volver a reconstruir el consenso perdido, pero esta vez se tiene que aprender la terrible lección del pasado y no volver a intentar el atajo fácil: el de una modernización autoritaria como sustituto de un esfuerzo genuino por superar, de una vez por todas, el pasado antidemocrático del que venimos. En suma, el nuevo proyecto debe de tener una base ética sólida.

Hoy sólo hay un camino para llegar a un futuro que no termine en otro eslabón en la cadena de desastres: la transición democrática. Y lo anterior requiere poner fin de manera pacífica y constructiva al autoritarismo más añejo del siglo XX, a una presidencia sin límites y a un partido de Estado. Sólo así los mexicanos podremos superar nuestras obvias diferencias de intereses y aceptar los costos de recuperar la viabilidad económica.

Para hacer ese tránsito a la democracia y unirnos a los cuarenta países que ya lo han logrado en los últimos veintidós años, no tenemos que inventar nada: el camino lo señalan las muchas propuestas que se han elaborado en los últimos tiempos, en particular las sesenta conclusiones a que se llegó como resultado del trabajo que a lo largo de 1995 fueron construyendo personajes representativos de la pluralidad política mexicana --consejeros ciudadano y representantes de los partidos-- en el llamado "Seminario de Chapultepec". La vía, por tanto, es clara: partir de lo ya acordado y concluir el diseño de las nuevas reglas del

juego democrático. Desafortunadamente todo lo logrado esta en peligro de perderse por falta de voluntad política del partido de Estado primero y de los de oposición después (todos han cuestionado lo ya acordado) y, sobre todo, del gobierno. A estas alturas dejar de avanzar significa empezar a retroceder.

La clase política mexicana esta muy desgastada y da claras muestra de falta de energía, voluntad y, sobre todo, de visión. Frente a ese hecho evidente, el resto de los mexicanos no podemos permanecer como meros espectadores. Como ciudadanos, podemos y debemos movilizarnos para exigir al gobierno, al partido de Estado, a los partidos de oposición y al resto de los grandes actores políticos --empresarios, sindicatos, Iglesia, medios de comunicación--, que no sigan posponiendo lo que, de por si, ya esta retrasado: el tránsito a la democracia. Sólo un cambio de magnitud histórica puede devolver la confianza y desatar la energía social necesaria para sacar a México de la mediocridad cívica y moral en que se encuentra.

En México, la democracia política, por no existir, es un fin en si misma. Sin embargo, cuando y si finalmente llegemos a ella, esa misma democracia tiene que transformarse en instrumento al servicio de un objetivo superior: el propuesto por Morelos hace 183 años, es decir, el de crear las condiciones para que, por fin, se moderen la opulencia y la indigencia. Entonces, y sólo entonces, México tendrá, como nación, el sentido moral e histórico que se merece y del que hoy carece.